

CAPITULO VII.

Progresos de la Revolución.—Combate de Casas Grandes.—Dificultades diplomáticas.—Peligro de una intervención extranjera.

Al finalizar el mes de Diciembre, las cosas iban muy mal en Chihuahua para el general Navarro, pues se hallaba verdaderamente desorientado y en la mayor ignorancia de los planes y movimientos del enemigo. Mientras transmitía, con fecha 30 de aquel mes, un parte al gobierno, manifestando que el coronel Gordillo Escudero había tomado el fatídico cañón de Mal Paso y el general Luque reconocido un largo tramo del ferrocarril, haciendo reparar en la vía los desperfectos que causaran los revolucionarios, (que nunca quedaban deshechos y desbandados en los combates, como aseguraban los federales), volvían de nuevo al desfiladero, que tan hermosa posición estratégica les ofrecía, para estorbar los movimientos de las tropas del gobierno, y las obligaban á combatir otra vez, fatigándolas y debilitándolas sin resultado práctico alguno. Y la misma táctica se seguía en todos los lugares de la República, donde se habían alzado partidas revolucionarias. Especialmente en la región chihuahuense, las marchas y contramarchas que tenían que hacer las tropas federales las habían desmoralizado é irritado, y no era esta la menor causa de las numerosas deserciones que sufrían. Siguiendo esta táctica los maderistas tomaron el pueblo de Janos,

del distrito de Galeana, que volvieron á evacuar, no sin sostener antes un combate que costó la vida al cabecilla Práxedes Guerrero, vengando así los federales las pérdidas que acababan de tener en el último combate de Mal Paso, donde resultó herido el teniente coronel Morán.

Al empezar el nuevo año se extendían los maderistas por la parte occidental del ferrocarril Central Mexicano, en toda la región hasta el Norte, pues á 40 kilómetros nada más de Ciudad Juárez, dominaban el ferrocarril del Noroeste y detenían los trenes que bajaban de la frontera; mientras al Sur tenían interrumpido el de Miñaca y tomaron varios pueblos, entre ellos, el de Cusihuiriáchie, que abandonaron en seguida como posición inútil, cometiendo los federales el error de distraer fuerzas para ir á ocuparla.

Así las cosas, el general Navarro comprendió que había que acometer y pronto, alguna operación de importancia que á él le diera prestigio ante el ejército y al gobierno armas para combatir á la opinión; y de acuerdo con el general Hernández, jefe de las armas de Chihuahua, dispuso el avance sobre ciudad Guerrero, población ocupada por escasas fuerzas revolucionarias. El plan del general no era muy ingenioso que digamos, pero podía ser útil: Gareía Cuéllar se dirigiría á La Junta; Gordillo Escudero á Cusihuiriáchie y el general Navarro, de Pedernales, donde se hallaba, á la estación Miñaca.

Trazado el triángulo, uno de cuyos vértices era Ciudad Guerrero, seguirían el avance simultáneo de las columnas hasta aquella población, copando las partidas que se hallasen en el área de la figura y los defensores de la plaza. Navarro tenía bien tomadas todas sus medidas y aun contaba, además con la columna del coronel Díaz, que se hallaba á cincuenta

kilómetros de Guerrero, como una buena reserva. No sabemos si el general Navarro se habrá dicho como Napoleón en Waterloo mirando á los ingleses: "los tengo en un puño, no se me escapará ni uno," pero es lo cierto que se le escaparon todos, y ni en el camino, ni en Ciudad Guerrero logró ver un solo revolucionario. ¿Qué había sucedido? ¿Habían huído? Nada de eso: más conocedores del terreno que Navarro y más rápidos en sus marchas, se movieron á la retaguardia de las tropas federales y volvieron á campar por sus respetos en los pueblos todos de aquella región.

Mientras tanto los federales siguen su plan y llegan á Ciudad Guerrero, donde penetran sin disparar un tiro.

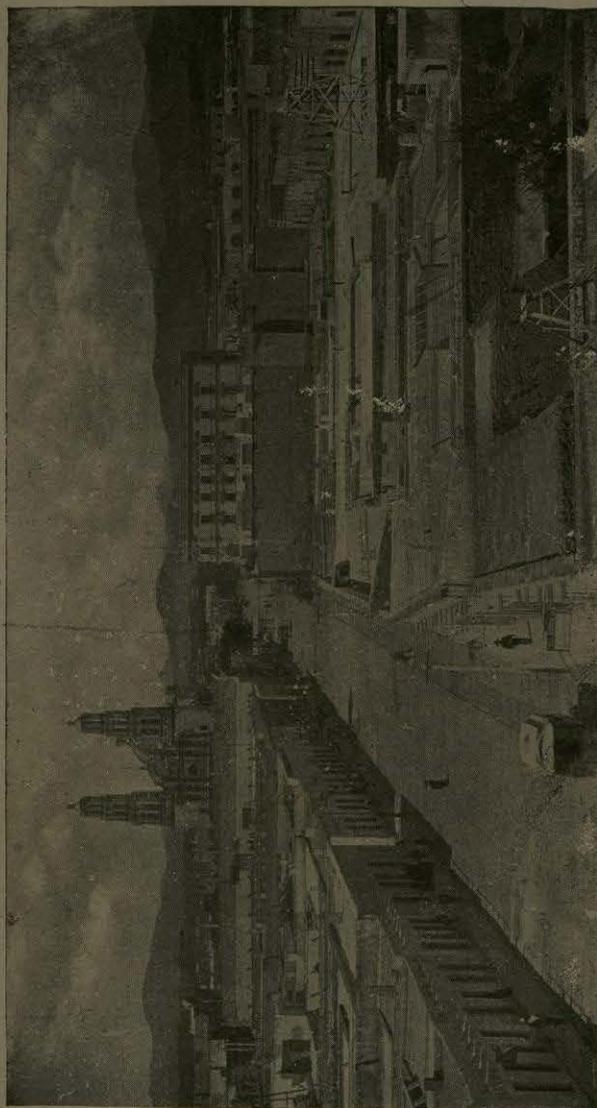
Furioso Navarro por esta plancha, averigua dónde están los insurrectos; le dicen que en Santo Tomás acampan los dos Orozco, padre é hijo y Abraham Oros, con algunas partidas. Esta vez el general obra con mayor rapidez. Deja al brigadier Trucy Aubert de guarnición en Guerrero y sale violentamente para Santo Tomás, á donde llega el 27 de Enero, sin hallar tampoco ni allí ni en el tránsito insurrecto alguno.

Durante las marchas y contramarchas federales, Pascual Orozco tomó á San Buenaventura, de donde no tardó en salir para el Norte.

García Cuéllar regresaba á Chihuahua sin haber combatido tampoco, y Gordillo Escudero permanecía en Cusihuiriáchic.

Faltaba el coronel Rábago, el cual andaba por el Norte desde que se supiera que Casas Grandes estaba amenazada. ¿Porque se hizo regresar á este militar á Chihuahua? No podemos explicarlo, si bien todo resulta lógico cuando entra la confusión en los planes de los jefes, y los federales no sabían ya por dónde se andaban, según la expresión vulgar.

Lámina 6.



LA REVOLUCION Y SUS HEROES

Vista de la ciudad de Chihuahua.

Ello fué que Rábago volvió para el Sur, y al llegar á Galeana sufrió una tremenda derrota.

No le ocurría á este valiente militar lo que al general Navarro; apenas se lanzaba con sus tropas al campo, daba de boca con los revolucionarios, y como nunca rehuyó combates, resulta que fué el jefe federal que más trabajó en toda la campaña, como fué también la víctima de todos los errores del cuartel general de Chihuahua, pues son incontables las veces que le obligaron á cruzar esa extensa región chihuahuena del Sur al Norte y del Norte al Sur.

En el combate de Galeana perdió dos capitanes muertos y dos tenientes heridos y muchos soldados. Su columna de 500 hombres con los que empezara la campaña, á principios del mes, estaba reducida á 150.

El día 23 destacóse de Chihuahua García Cuéllar en auxilio de Rábago, llevando el 5o. Batallón y una pieza de artillería de campaña, pero no llegó á tiempo, porque aquél se replegó nuevamente á Casas Grandes.

Transcurrió el mes de Enero, como acabamos de ver, sin que las operaciones fueran de alguna utilidad para el gobierno en el Estado de Chihuahua, antes bien, habían desprestigiado más su causa con los repetidos fracasos de sus generales.

Al empezar Febrero no se sabía dónde se hallaba el general Navarro, pero sí que los revolucionarios habían tomado á Madera y Temosáchic y que Pascual Orozco se hallaba dueño de los alrededores de Ciudad Juárez, cuya plaza amenazaba. El general Luque, que el día 6 saliera para Ojinaga á reforzar al coronel Dorantes, se hallaba encerrado en aquella plaza y sitiado por el cabecilla José de la Cruz Sánchez. Y para colmo de males, la ciudad de Chihuahua se hallaba incomunicada en todos los rumbos, pues en todas las

líneas férreas se habían cortado puentes y no podían correr los trenes.

Viendo el gobierno que la situación de aquel Estado cada vez era más crítica, acordó un nuevo cambio de gobernador: Hizo que renunciara Terrazas y que la Legislatura nombrara al coronel Ahumada. Este señor era más estimado de los chihuahuenses que Terrazas; ya fuera en otra ocasión su gobernador y no había dejado malos recuerdos, pero las cosas llegaron á un punto tal que la influencia del gobernador era nula, máxime cuando la revolución no era local sino general en toda la República. Así, pues, el coronel Ahumada, con sus manifiestos al pueblo, con su buena fe y con toda su actividad, nada pudo conseguir en el camino de la pacificación del Estado. Por otra parte, comenzó á entereverse cuál era el verdadero plan de Madero. Todos aquellos amagos á Chihuahua y á poblaciones del llano y de la Sierra no eran más que pretextos para llamar allí la atención de los federales, y que dejaran desguarnecida la frontera, lo que le permitía introducir diariamente grandes contrabandos de armas y municiones. ¡Hasta cañones y ametralladoras atravesaron el Río Bravo, sin que el gobierno mexicano se diese cuenta de ello; y en cuanto al norteamericano... cerraba los ojos!

Entonces quiso reparar el error. Hizo que el coronel Rábago, el judío errante de esta guerra, pasase á Ciudad Juárez, á donde llegó el 5 de Febrero; no sin sufrir antes en Bauche un serio descalabro que le infligió Orozco, el terror de los federales; ordenó á García Cuéllar que siguiera para allá también desde Galeana y dispuso que el general Navarro tomara la misma ruta. De este modo trasladó el centro de operaciones que tenía en Chihuahua, á Ciudad Juárez, rectificando demasiado tarde su error.

Pero los insurrectos no se arredraron, y también ellos acumularon fuerzas sobre aquella plaza, aunque bien pronto comprendieron que sería inútil atacarla. Entonces se vió con cuanta felonía procedían á veces los federales, contrastando con la nobleza de los revolucionarios. Estos, cuando tenían noticia de que un tren llevaba tropas enemigas, lo hacían detener y se batían con los soldados federales; pero los federales procedieron en Juárez de muy distinto modo. Habiendo llegado á conocimiento de las autoridades de allí que los maderistas aprovechaban el ferrocarril para concentrar sus partidas en Ciudad Juárez, mandaron que un cuerpo de rurales saliera á volar con dinamita un puente para impedirles el avance: estos lo hicieron así, pero esperaron á que la locomotora de un tren cargado de revolucionarios, penetrase en el puente. La explosión causó muchas desgracias, más de 50 muertos, y sin embargo, no se supo nunca que los maderistas tomaran represalias por un hecho tan salvaje.

Mientras parecía formarse una terrible tormenta sobre aquella plaza fronteriza, iban multiplicándose las partidas rebeldes en el país, precisamente cuando la prensa de México, á coro, anunciaba la muerte de la revolución. En Veracruz habían tomado los insurrectos á Sayula y combatieron en San Juan Evangelista, habiéndose alzado en armas también los vecinos de Minatitlán y Acayucan. Rafael Tapia andaba por Orizaba juntando gente y atacando pequeños destacamento de rurales. En Tabasco se había alzado el cabecilla Ignacio Gutiérrez que sostuvo un rudo combate con fuerzas del 24o. Batallón, al mando del coronel Sosa, en el pueblo de San Felipe. En Zacatecas, estalló también la revuelta en diferentes puntos, entre ellos Juchipila y Mezquital. En Oaxaca los cabeci-

llas Esteban García, José Aguirre Pérez y Gilberto Díaz, habían tomado á Ojitlán y daban que hacer al general Emiliano Poucel, que había salido á perseguirles. En Puebla pululaban las partidas y amenazaban á Tecamachalco. En Tamaulipas aparecieron sediciosos en Jimulco; en Coahuila, andaban próximos á Ciudad Porfirio Díaz, habiéndose dado un combate serio en un punto de la frontera y desaparecido los rurales que tomaron parte en él. Por último, en Sonora, el propio general Torres tuvo que salir al campo á combatir la partida de Severiano Talamantes exjefe del ejército nacional, que andaba por Toniche; mientras en la frontera el coronel Morales se batía con otras partidas revolucionarias.

A mediados de Febrero (el día 14) llegó Navarro á Ciudad Juárez. Lo prolongado de su viaje lo explicó diciendo que se entretuvieron en ir reparando el ferrocarril; labor bien inútil, porque á su retaguardia los insurrectos lo cortaban de nuevo. Tampoco en este viaje (¡rara casualidad!) tropezó con los rebeldes; es verdad que según sus propias manifestaciones, caminaba siempre por donde no fueran posibles las emboscadas, es decir, que procuraba marchar por donde no hubiese enemigos. En la plaza se reunió con Rábago y Cuéllar, cuyas fuerzas en junto ya no pasaban de dos mil hombres, pero sí tenían mucha artillería, y esto fué lo que hizo á Madero y Orozco desistir del ataque á la plaza.

El resto del mes de Febrero hubo relativa calma, pues aún cuando se hicieron varias salidas de Ciudad Juárez á puntos inmediatos, no se produjeron encuentros serios. Allá por el día 23 Navarro ordenó á Rábago, saliera para Ahumada, estación del ferrocarril Central, á 130 kilómetros de Juárez, llevando fuerzas del 2o. y 10 Regimiento de caballería y 500 solda-

dos de los batallones 12o. y 23o. de infantería: al mismo tiempo se ordenó al coronel Escudero que abandonase Casas Grandes, donde se hallaba, y se dirigiese también á aquel punto con las tropas del 14o. y 18o. Batallón de que disponía. A la vez el general Navarro hizo una expedición á un punto llamado Guadalupe, del que regresó pronto á Juárez, rindiendo parte **sin novedad**, como de costumbre.

El movimiento ordenado á Rábago y Escudero tampoco tiene fácil explicación, como no fuera que se quisiese reparar y limpiar de rebeldes la vía del Central, y dejarla expedita hasta Chihuahua, pero en este caso debió llevarse el proyecto hasta el fin, no preocupándose de lo que ocurriera al Oeste de la línea. Pero sucedió que tan pronto supo Madero que Casas Grandes quedaba abandonada, pensó en ocuparla otra vez con sus gentes, y al efecto, mandó órdenes á José de la Luz Blanco que estaba en Asunción, para que se corriese sobre aquella plaza, y él mismo se dirigió á ella pasados unos días, cuando calculó encontrarse al llegar con aquel jefe. Ocurrió entonces una casualidad que favoreció á los federales, y fué causa de una derrota para los maderistas. El general Navarro, sin conocer la intención de Madero, envió á García Cuéllar hacia Ascensión para recuperarla del cabecilla Blanco, quien tuvo en el camino noticias de que Ascensión fuera abandonada para ocupar Casas Grandes, y allá se dirigió el valiente ex-jefe de Estado Mayor del Presidente, bien ajeno de que iba á tener el honor de luchar con el propio jefe supremo de la revolución y vencerlo. El 6 de Marzo, llegó frente á la plaza y encontró en las afueras á don Francisco I. Madero, y al cabecilla Blanco, dispuestos á aceptar la batalla que comenzó á las siete de la mañana y duró hasta las cinco de la tarde

El combate encarnizado y sostenido con raro valor por una y otra parte, ofreció muchas alternativas y á punto estuvo de decidirse en favor de Madero, allá como á las once de la mañana, cuando el señor García Cuéllar cayó herido gravemente en un brazo. Sus oficiales le rogaron que abandonase la lucha y entonces se encargó del mando el Coronel de artillería señor Eguía Lis. Los maderistas se replegaron sobre la plaza; pero no hallaron posición fuerte alguna en ella contra los cañones federales y acordaron, al anochecer, emprender la retirada hacia las montañas, como lo hicieron. Se dijo entonces que el propio Madero salió herido en una mano; no lo hemos podido comprobar, pero sí consta que se batió personalmente en la línea de fuego con gran valor y serenidad.

Esta victoria relativa (y decimos relativa porque los maderistas se retiraron en perfecto orden) la careó el gobierno hasta lo inconcebible, dándole enormes proporciones que no tenía en el parte oficial de la batalla, rendido con toda franqueza y sinceridad por el herido Coronel señor García Cuéllar, de quien diremos de paso que tuvo que sufrir la amputación de una mano.

Los federales hicieron algunos prisioneros revolucionarios en este combate, entre ellos al americano Hay (1), que era miembro de la Junta Extratégica formada por Madero para asesorarse en los planes de la campaña.

Después de este combate, que tanta resonancia obtuvo, las operaciones militares languidecieron. Las

(1) En prensa nuestro libro, el Sr. Hay asegura públicamente en la prensa que no es americano, sino mexicano, por haber nacido en el territorio de esta República. Este señor huyó del hospital de Chihuahua, donde se hallaba prisionero, y se trasladó á Ciudad Juárez á unirse de nuevo á los revolucionarios.

tropas de Rábago y Escudero siguieron vagando por las estepas de Chihuahua y el General Navarro se encerró en Ciudad Juárez, de donde, como veremos más adelante, no salió sino en calidad de prisionero.

En el resto de la República siguieron aumentando las partidas de rebeldes por todas partes, pero como la atención pública estaba fija en los sucesos de Chihuahua, pasaron casi desapercibidos sus progresos. En Durango la revuelta era general, habiendo caído en poder de los revolucionarios, Mapimí y Nazas; en Veracruz el cabecilla Tapia acampaba en San Juan de la Punta, y Papantla era presa de otro cabecilla; en Sinaloa, la batida de las tropas federales no impidió que poblaciones y ricos minerales como Guadalupe de los Reyes, cayeran en manos de los revoltosos y hasta en Sonora poseían plazas importantes como Sahuaripa. En Yucatán, la revuelta dominada en Enero, resurgió más potente en Marzo y muchas haciendas de personajes políticos del régimen recibieron la poco amable visita de las partidas.

Hemos dicho que la atención pública no paraba mientes en estos progresos de la revolución, fija como estaba en los sucesos de Chihuahua, pero en Marzo tuvo una preocupación aún más profunda que la de aquellos. Nos referimos al amago de una intervención militar norteamericana, que por un momento pareció amenazarnos.

Ya hemos dicho en otra ocasión, que las simpatías del pueblo americano estaban todas del lado de Madero. Los yanquis son demasiado demócratas para no aprobar una revolución democrática, y el mismo gobierno, extraoficialmente, si no protegía la revolución maderista, al menos consentía en ella. Tan general era esta creencia que por el mundo todo se difundió la especie de que Norteamérica, la fomentaba y

hasta se decía que se llevaba á cabo con dinero americano, punto siempre denegado por el señor Madero. Todo parecía indicar, en efecto, que los Estados Unidos deseaban el triunfo de la revolución. El Gobierno de Taft había distribuído algunos destacamentos de tropas por la frontera para garantizar la neutralidad; pero mientras tanto, los contrabandos de armas y municiones cruzaban la línea divisoria con facilidad suma y no se explica esa negligente vigilancia, sino suponiéndola autorizada de un modo indirecto. Pero de pronto, el Gabinete de Washington acuerda enviar algunos barcos de guerra á los puertos mexicanos y esta determinación causó general sorpresa á la vez que indignación. El señor de la Barra, Ministro en Washington, comenzó una labor de titán y consiguió que se revocase la orden: los buques no llegaron á estas costas; pero la susceptibilidad patriótica del mexicano comenzó á alarmarse. Continuaron los éxitos de Madero que seguía extrayendo de los Estados Unidos, siempre que lo necesitaba, armas de todas clases, desde la diminuta pistola hasta el cañón de tiro rápido. Calmóse la excitación pública y otra vez se volvió á la creencia de que los americanos ayudaban á Madero y por lo tanto, no le crearían dificultades con amagos de intervención, hasta que un día el telégrafo comunicó la estupenda nueva de que Mr. Taft había ordenado la rápida movilización de veinte mil hombre al Territorio de Texas, con el pretexto de hacer maniobras. Y efectivamente en trenes rápidos llegaron á la proximidad de San Antonio aquellas tropas cuyas maniobras parecían ser tan urgentes.

Este grave episodio de la revolución mexicana, es el punto más delicado que nos vemos obligados á tratar. Nos exponemos fácilmente á incurrir en inexactitudes y aun á hacer inculpaciones gravísimas pa-

LA REVOLUCION Y SUS HEROES

Lámina 7.



D. Francisco I. Madero rodeado de los principales jefes revolucionarios

(Fot. prop. de M. Retes).

ra quien acaso no las merezca; pero desconociendo, como en estos casos se desconocen, los profundos secretos diplomáticos que dieron lugar al suceso, hemos de seguir forzosamente la versión más generalizada y que mejor se acomoda á la razón.

Cuando en el Senado americano se conoció la determinación de Mr. Taft, los senadores le interpellaron ansiosos, porque la mayoría miraba con horror una nueva guerra y tan grave que podía traer terribles complicaciones á la gran República con las naciones de Europa; y la guerra con México, en caso de intervención, la veían inevitable. Taft quiso insistir en lo de las **maniobras**, aunque este pretexto dejaba mal acreditada su habilidad política, porque resultaban unas maniobras muy intempestivas; pero acosado por los senadores y urgido por los representantes extranjeros que le suplicaban explicase aquella medida, se vió en la necesidad de declarar que el gobierno de México le había pedido el envío de tropas á la frontera para hacer efectivas las leyes de la neutralidad.

Milagro fué que esta declaración no haya dado lugar en México á escenas de violencia suma; la relativa calma del pueblo fué debida á que no creyó la declaración de Taft.

A don Porfirio Díaz, se le podía tachar de dictador, de autócrata, de todo lo que se quiera, pero no podía acusársele de mal patriota, y el hecho de pedir una intervención extranjera tendría todo el aspecto de un delito de alta traición. Y, sin embargo, en el fondo, algo parece que hubo de reprochable al Gobierno. La torcida política de los científicos les hizo concebir un plan diabólico: pedir al gobierno de Taft que enviase un ejército á la frontera para que el pueblo se soliviantase temiendo una intervención, y creyéndola acarreada por la revolución, abandonase á Madero

para ponerse al lado del gobierno y rechazarla con energía. El pueblo mordió algo el anzuelo, pero no se dejó enganchar y lejos de culpar á Madero, culpó al General Díaz de haber pedido la intervención.

El plan maquiavélico de los "científicos" resultó en perjuicio de ellos mismos, convenciéndose el pueblo de las pacíficas intenciones de Taft, cuando observó que ninguna reclamación seria hacía por las desgracias que las balas federales habían ocasionado en ciudadanos americanos y en territorio de ellos, en los combates de Ojinaga, Agua Prieta y otros lugares de la frontera.

Volvemos á repetir que no respondemos de la veracidad en la explicación que hemos dado del por qué Taft envió 20,000 hombres á la frontera, pero si el lector puede encontrar otra más racional y plausible es muy dueño de conformarse con ella. Tampoco excluimos de toda responsabilidad á don Porfirio, achacando sólo á los científicos la antipatriótica política que hemos referido, pero justo es que éstos la comparan con aquél, ya que todo pareció obedecer en los últimos tiempos á los pérfidos consejos que daban al ilustre anciano.

Una cosa no es posible desconocer: el envío de los veinte mil hombres á Texas ningún beneficio podía reportar á los Estados Unidos, imposibilitados como estaban de intervenir en México, ya porque Europa se lo impedía y ya porque el respeto que los maderistas y federales guardaban á los americanos y sus intereses, no le dejaban pretexto alguno para esa intervención.

¿A qué fines, pues, respondía el envío de ese ejército?

CAPITULO VIII.

Las operaciones militares en la primera quincena de Abril.

Después de la hábil retirada desde Casas Grandes, Madero estableció su cuartel general en un punto llamado Rancho de Bustillos, á unos cien kilómetros al Noroeste de Chihuahua, donde se propuso reunir un gran contingente de tropas para atacar á aquella ciudad y de allí regresar á la frontera; pero esta vez por la vía del Ferrocarril Central hasta tomar la importante plaza fronteriza llamada Ciudad Juárez. Este plan fué después reformado como veremos más adelante.

Rodeábale los entonces titulados Coronel Pascual Orozco, Teniente Coronel Garibaldi, Mayor José Orozco, Capitán Raúl Madero y otros cabecillas cuyas fuerzas en conjunto no pasaban de mil hombres; pero muy pronto se le juntaron gran número de pequeñas partidas, que operaban diseminadas por el Estado, y llegó á contar con tres mil hombres en su campamento.

Estas tropas estaban armadas con maüssers unas y otras con winchesters, y todas en magnífico estado de ánimo y admirablemente disciplinadas, después de los saludables ejemplos que recibieran con la destitución del cabecilla Prisciliano G. Silva y el proceso de Flores Alatorre, el primero por actos de bandidaje y el segundo por haber mandado fusi-

lar un prisionero federal. De este modo contestaba Madero á la ley cruel de suspensión de garantías que había dado el Gobierno pocos días antes para legalizar aparentemente los repetidos fusilamientos de insurgentes y de simples sospechosos. Acaso también con esa ley se trató de atemorizar á los simpatizadores de la revolución, pero su efecto inmediato fué centuplicar el valor de los que combatían por tan noble causa como es la de la libertad, porque seguros como estaban de ser ejecutados si caían prisioneros, luchaban heroicamente hasta morir si no podían vencer.

Y es de admirar también cómo desde la promulgación de tan importuna ley, menudearon las adhesiones á Madero de tal modo, que apenas hubo poblado en treinta leguas á la redonda del Campamento general, que no le enviara un buen contingente de voluntarios.

El leader revolucionario estaba con estas demostraciones cada vez más seguro del triunfo final de su causa y confirmábanle en su esperanza las frecuentes noticias que recibía de otros Estados de la República.

En la Península de Yucatán el movimiento había sido ya secundado. En los primeros días de Abril se fugaron los presos de la cárcel de Campeche y operaban, bien armados, por los pueblos fronterizos de aquel Estado. Reforzados por muchos paisanos que se les unieron, atacaron y tomaron á Cibalchén y Coholá y amagaban á Maxcanú, Halachó y Tenabo. Sin embargo, estas pequeñas partidas no podían sostenerse en las poblaciones asaltadas y prontamente las evacuaban, cumpliendo su objeto que no era otro que el de proveerse de armas, caballos y dinero.

Otro tanto ocurría en el centro de la República. En el Estado de Morelos el cabecilla Rómulo Figue-

roa, batió en Jenacatepec á las fuerzas federales que mandaba el Mayor Pérez y después se dirigió á amenazar á Cuautla, á cuya ciudad llegó violentamente, para defenderla, el general don Francisco Leyva, nombrado entonces Jefe de las Armas en el Estado de Morelos. Las operaciones en esta región iban tan decisivas, que el general don Fernando González, Gobernador del Estado de México, llegó á temer que los revolucionarios se corrieran á su territorio y reunió en Tepetlixpa setecientos soldados entre rurales y tropas de línea, concentrándolos y arengándolos el Gobernador en persona.

Sin embargo, no pudo evitar que en los alrededores de Ozumba y otros lugares del Estado, se levantaran pequeñas partidas que traían en jaque á la escasa fuerza de rurales que defendían aquellos puntos, demostrando así que la opinión unánimemente se hallaba de parte de la revolución.

Algo parecido comenzaba á suceder en el Estado de San Luis Potosí: ya fueran atacadas las importantes poblaciones de Ciudad de Valles y Villa Guerrero.

En Puebla, Sinaloa, Durango, Coahuila, Tlaxcala y otros Estados pululaban las partidas rebeldes de cuyas operaciones recibía Madero oportunas noticias por medios que el Gobierno no se explicaba, cortadas como estaban las comunicaciones de unas regiones con otras, pero que se debía al admirable plan tramado por el jefe de la revolución que le permitía tener agentes en todas partes, sin excluir la capital de la República, de donde recibía frecuentes comunicaciones telegráficas, en clave, que le llegaban por la frontera de los Estados Unidos.

Por el lado oriental de Chihuahua, las cosas no iban menos bien para la revolución. Una gran parte

del Estado de Coahuila se hallaba sublevado. Se decía que el señor Guajardo, ex-Coronel del Ejército Federal había organizado en Monclova una fuerte partida pertrechada con armas y municiones que él mismo había introducido de los Estados Unidos; Ciudad Porfirio Díaz y Garza Galán (Las Vacas), estaban amenazadas por diferentes bandas y carecían de guarnición. Por último, en la frontera, la importante aduana de Ojinaga ó Presidio del Norte, perteneciente al Estado de Chihuahua, estaba sitiada por el cabecilla José de la Cruz Sánchez, con numerosas tropas insurrectas y su defensor, el General Luque, no obstante tener bien artillada la plaza, hallábase en apurada situación.

No faltaron, sin embargo, los reveses á la causa maderista, en los últimos días de Marzo y primeros de Abril; pero sin importancia alguna, como no sea el de Cieneguita en Sinaloa, donde el Teniente Coronel federal don Luis G. Morelos derrotó á 500 revolucionarios, causándoles sesenta bajas; lo cual no impidió que se rehicieran bien pronto los derrotados y continuaran sus correrías por aquella región.

Hallábase, pues, el señor Madero satisfecho de la marcha de los acontecimientos y de ver cuán unánime y entusiastamente secundaban por todas partes su iniciativa; y considerando perfectamente instalado su cuartel general, se puso á confeccionar tranquilamente el plan decisivo de la campaña, ayudado por los consejos de la Junta Estratégica que había nombrado, en la que figuraron el general boer Mr. Viljoen y Mr. Hay, prisionero en Casas Grandes, que voluntariamente se unieron á Madero.

Efectivamente: el emplazamiento del cuartel general era muy acertado. Al Sur se apoyaba en el ferrocarril que va desde La Junta hasta la estación

Madera, casi todo en poder de los revolucionarios, que lo utilizaban para su movilización de tropas y transporte de víveres, armas y municiones; al Este se hallaba próximo de la gran vía férrea del Central. Al Oeste le defendía la fragosa sierra Madre y al Norte poseía algunos puntos avanzados para defenderse de un poco probable ataque de los federales de Casas Grandes.

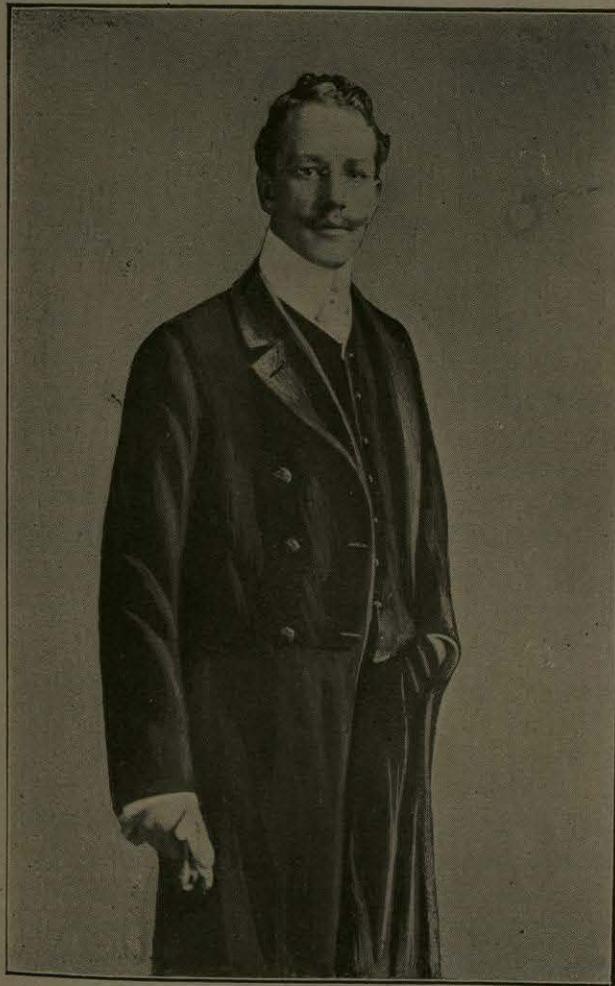
Por estas circunstancias, fácil es concebir el plan de Madero. Decidido á hacer del Estado de Chihuahua el centro general de la revolución, se propuso, ante todo, aislar la capital, cortando la vía férrea al norte de Torreón y de Chihuahua. De este modo, la ciudad no podía recibir refuerzos de México ni mandarlos á Ciudad Juárez, donde á la sazón se hallaba el general don Juan Navarro, con 400 hombres, por toda guarnición.

El mismo gobierno supuso sería este el plan revolucionario y para desbaratarlo, hizo que salieran violentamente de Casas Grandes en los primeros días de Abril el 18o. Batallón de Infantería, al mando del Coronel Agustín A. Valdés, y la tropa que mandaba García Cuéllar, el día del combate en aquella población, al del Coronel Rafael Eguía Lis, con alguna artillería y orden de dirigirse á marchas forzadas á Chihuahua, aprovechando el Ferrocarril Central, en cuanto fuera posible. En el camino se le unió el general Rábago, quien traía en su columna las autoridades de Galeana, huídas ante el ataque que poco antes dieran los rebeldes á aquella plaza. Al mismo tiempo se envió de México á Chihuahua una batería con cañones de 80 mm. para completar sus fortificaciones. Con esto, y con nombrar Jefe de la 2a. Zona al general don Lauro Villar, en sustitución del general Hernández, que llegó á Chihuahua el día 8,

viajando en un tren blindado y con una escolta de 50 hombres, el gobierno creyó que había hecho bastante para estorbar el plan de Madero, cuando lo que hacía era tan solo modificarlo y favorecerlo. Con efecto: se cometió el doble error de privar á Ciudad Juárez de un rápido auxilio retirando las tropas de Casas Grandes, y de encerrar en Chihuahua grandes contingentes armados, cuando el aislamiento de esta plaza era inminente. Cortando el ferrocarril arriba de Torreón y al norte de Chihuahua, quedaban aquellas tropas en peor condición que la de un estrecho cerco, y toda la parte septentrional del Estado sin más defensa que los 400 hombres que el general Navarro tenía en Ciudad Juárez.

Madero no se descuidó y á fines de la primera quincena de Abril levantó su campo y se dirigió por segunda vez al norte, pero no á Casas Grandes, sino con el objetivo de Ciudad Juárez, renunciando atacar á Chihuahua y comprendiendo la ventaja grande que acaba de proporcionarle el enemigo.

Marchaba el ejército maderista con toda comodidad y sin obstáculo alguno, porque la región que atravesaba estaba ayuna de federales, desde Ciudad Guerrero, al Sur, hasta Casas Grandes y Ciudad Juárez pasando por Galeana, ó sea, desde las cumbres de la Sierra Madre hasta la línea del Ferrocarril Central. Allá por los días 13 y 14 de aquel mes alcanzaron el Ferrocarril del Noroeste, que va de Ciudad Juárez á Terrazas y por esta vía, á bordo de trenes de carga, se aproximaron á la estación Bauche, 18 kilómetros escasos de Ciudad Juárez. El general Navarro, creyó oportuno combatir á Madero antes que alcanzase las puertas de la plaza: empezó por enviar al Coronel Angel Jiménez con una pequeña fuerza que pronto se vió en peligro de ser deshecha; siguióle el Tenien-



Ingeniero Eduardo Hay,
miembro de la Junta Estratégica Revolucionaria

te Coronel Pueblita, con 50 soldados de caballería y 100 de infantería, y por último tuvo que salir toda la guarnición de la plaza para socorrer á los primeros expedicionarios. Entonces se vió que el general Navarro había conseguido aumentar su ejército hasta unos 700 hombres merced á algunos refuerzos llegados de Casas Grandes conduciendo los heridos de aquella acción y algunos, muy pocos, voluntarios, vecinos de la plaza, que acudieron al llamamiento que les hizo el jefe. Este comunicó á toda prisa el peligro que le amenazaba, al Jefe de la 2a. Zona, general Villar, pero ó no llegó la noticia á Chihuahua en los primeros momentos, por estar cortados los alambres telegráficos ó si llegó de nada podía servirle al general Navarro, porque aislada ya aquella ciudad de los ferrocarriles, sólo podría enviar fuerzas por los caminos carreteros que tardarían cuando menos veinte días en salvar la distancia de 400 kilómetros hasta Ciudad Juárez, y teniendo que atravesar extensos esteros y arenales donde la absoluta carencia de forrajes y escasez de agua dificultarían la marcha.

El gobierno comprendió el error cometido; pero no había medio de repararlo y tuvo que resignarse á ver cómo las tropas de Navarro, después de su inútil salida, se replegaban y encerraban en la plaza.

Mientras tanto, los insurrectos, al mando de don Pascual Orozco unos, y otros al del señor Garibaldi, tomaban posiciones próximos á Ciudad Juárez, rodeándola por todas partes menos por el Norte, donde está la frontera americana. El señor Madero estableció su campamento un poco al Sur de Bauche y con frecuencia visitaba los puestos avanzados, arregando á las tropas, felicitando á los jefes por sus activas disposiciones y procurando mantener vivo el entusiasmo que reinaba en sus partidarios.

Todo estaba preparado para el ataque cuando comenzaron las negociaciones para el armisticio de que más adelante nos ocuparemos, y se paralizaron las operaciones en este punto.

Veamos lo que ocurría al mismo tiempo en otros lugares de la República:

En el Estado de Durango, desde principios de Abril, el cabecilla Martín Triana, era dueño del Ferrocarril Internacional, desde Torreón y tenía incommunicada la ciudad de Durango con el resto del país, habiendo cortado algunos puentes, entre ellos, el de Trinidad. En Velardeña sostuvo un combate con los federales, que duró tres días, sin resultados positivos para ninguno de los contendientes; pero en Marqueseña obtuvo una victoria completa. Estaba en posesión también de las importantes poblaciones de Avino é Iturbide y sus avanzadas distaban apenas treinta millas de la capital del Estado.

En el vecino Estado de Zacatecas, las partidas de Jáuregui y Avila se reunieron á las de Luis Moya, juntando éste así 500 hombres bajo su mando. Tomaron á Villanueva y Fresnillo, que abandonaron después de proveerse de armas y víveres, dirigiéndose por último á atacar la ciudad de Zacatecas, logrando entrar á ella; pero retirándose enseguida por no poder sostenerse en una población de muy difícil defensa por su topografía y ocupar los federales posiciones inexpugnables. Al retirarse, un grupo de revolucionarios tuvo el capricho de detenerse sobre el cerro de la Bufa, á tiro de fusil de la población. Las tropas federales agotaron sus cartucheras, haciéndoles disparos sin conseguir tocar á ninguno; lo que trajo una discusión en la prensa porque se aseguró que el parque no servía y que el gobierno había sido engañado en su adquisición.

En los Estados de Puebla, Guerrero, Morelos y Veracruz, las operaciones de la primera quincena de Abril fueron también muy activas. En el primero de aquellos, 300 rebeldes al mando de Francisco A. García, asaltaron á Huaquechula, Tecamachalco y Chiautla, amagando á Huejotzingo, Tepexi y Atlixco. Cerca de este último punto, el Teniente Coronel de las fuerzas federales, señor Torreblanca, encontró á los insurrectos emboscados en un cañón y tuvo que sostener un terrible combate del que salió él mismo herido de consideración y derrotado completamente. En Chiautla, entraron los revolucionarios sin hallar gran resistencia y allí fusilaron al Jefe Político de aquel Distrito. Es de advertir que estas ejecuciones de autoridades locales, fueron bastante frecuentes en el curso de la revolución, porque los pueblos hartos de sus injusticias y atropellos, presentaban á los cabecillas que tomaban la localidad, tremendos capítulos de cargos contra ellas, obligándoles á actos de implacable severidad.

En Guerrero, una partida de 200 rebeldes se posesionó de Ahuacatzingo y amenazaba de cerca á la ciudad de Chilapa, mientras en Morelos, la actividad de los insurgentes obligaba al Gobierno á enviar á Cuernavaca violentamente, 300 dragones del 5o. Regimiento para reforzar aquella guarnición.

En el Estado de Veracruz, el movimiento de rebelión comenzaba á tener importancia. La partida que mandaba Tapia y había operado en el mes anterior por el rumbo de Córdoba, se corrió á la costa, atravesando la Sierra, y penetró á Tuxpam, con una fuerza de más de 300 hombres. Inmediatamente se embarcó en Veracruz el general Emilio Poucel, con 150 hombres del 16o. Batallón y una ametralladora, dirigiéndose á aquel puerto para batir á Tapia.

Observemos de paso cuán crítica era la situación del Gobierno que tenía que acudir á los puntos atacados, desde enormes distancias, con el inconveniente de que cada partida movilizada dejaba siempre á su retaguardia bandas de enemigos. De este modo resultaba la labor de las tropas federales una especie de tela de Penélope, consumía el tiempo y no pacificaba región alguna. También es muy significativo observar como los oficiales superiores se movilizaban con irrisorios contingentes de tropa que no respondían á sus graduaciones: muy pocas veces un general mandaba á mayor número de 200 plazas, lo que demostraba claramente que el gobierno ya no tenía reservas militares á que acudir.

La mayor parte de las acciones de guerra que acabamos de mencionar no encerraban interés militar alguno por tratarse de encuentros en los que figuraba escaso número de combatientes; eran sorpresas y emboscadas para las que sobraban la táctica y la estrategia; pero desde el punto de vista político, lo tenían grandísimo en cuanto demostraban que los Poderes Públicos luchaban contra toda la opinión; tan revolucionarios eran los armados en el campo como los pacíficos de los poblados que acogían con frenética alegría y entusiasmo á los rebeldes que entraban á ellos. Erar, por lo demás, en esos encuentros poco numerosas las víctimas, aunque siempre lamentables; si bien debemos exceptuar los sucesos de los Estados de Sonora y Sinaloa, en la primera quincena de Abril, que resultaron muy sangrientos. El combate de Aguajito, donde fueron derrotados los insurrectos, duró cuatro horas, y hubo gran número de muertos y heridos, causados por una ametralladora de los federales; y en un molino próximo á Ures, tuvo lugar en los últimos días de Marzo un grave choque entre los beligerantes, viéndose los maderistas sitiados

en el mencionado molino, que al fin evacuaron haciendo una brillante pero mortífera retirada. La toma de Agua Prieta por los mismos, costó muchas vidas. El cabecilla Arturo López recibiera órdenes de tomar esa población que como aduana fronteriza podía ser muy útil para introducir por ella contrabandos de guerra, y la atacó con denuedo. Los federales resistieron al principio con gran tesón, pero acabaron por evacuar la plaza y huir al lado americano. Por aquellos días el cabecilla Cabral, hizo un intento sobre La Cananea, pero hallándola defendida por mil federales, renunció á atacarla y se trasladó á Agua Prieta, donde se unió con Arturo López.

Aparte de estos lugares fronterizos, el Estado de Sonora estaba en relativa calma, pero no ocurría lo mismo en su vecino Sinaloa, donde abundaban de tal modo las partidas revolucionarias que se llegó á temer por la seguridad de Culiacán, capital del Estado. De Durango salieron á principios de Abril, para aquella ciudad unos cien federales con un cañón de tiro rápido, y de México se envió con alguna fuerza y armamento al general brigadier Higinio Aguilar, nombrado jefe de las armas por aquel rumbo.

Si se comparan las operaciones de la primera quincena de Abril, que ligeramente reseñamos, con las habidas en los cuatro meses anteriores, se verá el incremento prodigioso que en poco tiempo alcanzó la revolución. La chispa que brilló un momento en Noviembre en el hogar de Aquiles Serdán, era al cabo de cuatro meses y medio un colosal incendio que abarcaba toda la República, desde la península de Yucatán y Tabasco hasta el río Bravo del Norte.

Pero aún veremos aumentar la conflagración en la segunda quincena de Abril, con nuevos focos que estallan hasta en el propio Valle de México, donde se asienta la histórica y hermosa Tenoxtitlán.